

El día de carnaval, con asistencia de autoridades, se procedía al sorteo de los mozos y asistía bastante público.

Al mozo que le tocaba la suerte de número alto, empezaban a darle sopapos, y tenía que bajar a toda prisa las escaleras del ayuntamiento para que no le pegasen más. El pegarle era, porque como no iría al servicio, no le pegarían, ya que entonces los cabos y sargentos solían pegar a los soldados. En las casas que el mozo había sacado el número bajo, todo eran lloros y tristezas, y en la casa que el mozo había sacado el número alto, con prisas, mataban un pollo o conejo, para hacer buena comida, y aún hacían buñuelos y borrajas. En fin todos estaban con alegría.

Los quintos, en las fiestas de Agosto, iban a pedir a las masías, y por Pascua pedían por el pueblo. En las masías les daban pollos, conejos y huevos, y en el pueblo les daban pastas caseras y dinero.

Unos días antes de irse a servir, salían por el pueblo tocando la guitarra y cantando canciones como ésta:

*“A soldado voy niña,
con intención de volver,
y si te encuentro casada,
sangre tuya he de beber.*

*Adiós molí de la Roca,
adiós molí del Consell,
adiós chiques de les Coves
que men vach a servir
al rey”*

La despedida con los familiares consistía en grandes lloros por parte de estos. El tiempo del servicio se pasaba con la ilusión de la esperada carta de la familia y de obtener algún permiso.

SOBRE EL CORTEJO Y LA BODA

Acabado el servicio, llegaba el mozo a casa, y si no tenía novia se la buscaba. El buscarse novia tenía varios intereses: unos por amor,

otros por arreglo de amigos o de los padres por interés económico.

El cortejar se hacía de esta manera: al atardecer las chicas iban a buscar agua a la fuente de la Villa con un sólo cántaro (digo con un solo cántaro porque durante el día, la mayoría de las mujeres iban a buscar el agua con un cántaro a la cabeza y otro debajo del brazo). En el trayecto de casa a la fuente, y de la fuente a casa, hablaban las chicas con los mozos por el camino. Algunos iban a cortejar el domingo por la noche, jueves y sábado, y algunas veces el domingo por la tarde.

Acudía el novio a casa de la novia por la noche, diciendo algunos: ¡Aveee!, y otros sin decir nada, pero sí (que) decían buenas noches al llegar a la cocina, donde estaba reunida la novia con la familia. Si los dos hombres (novio y padre de la novia) fumaban, ofrecía el novio tabaco al que sería su futuro suegro.

Si era invierno, se colocaban los padres alrededor de la lumbre con su hija y su prometido al lado. Estos dos se ponían lo más lejos posible de los padres, con un brasero a sus piés, y allí platicaban lo más despacio posible. Al dar las diez, el novio se despedía dando las buenas noches.

Por fin llegaba el tiempo en que se decidían a casarse. La novia preparaba su ajuar, que en aquellos tiempos era corto y sencillo.

Todos los mozos se casaban capa negra y burda, los pobres, y de paño los ricos, pues a estos sus madres les daban dos capas.

El traje del mozo, que yo he conocido, era: blusa,

